

estos nombres de solo aqueste Hijo que digo; porque él es el engendrado segun el nacimiento eterno, y el sacado á luz segun el nacimiento de la carne, y lo apurado y ahechado de toda culpa segun ella misma, y el que se levantó de los muertos, y el edificio que encierra en la hostia donde se pone á todos sus miembros, y el que nace en el centro de sus almas, de donde envia poco á poco por todas sus partes dellas la virtud de su espíritu, que las apura y aviva y pacifica, y bastece de todos sus bienes. Y finalmente, él es el Hijo de Dios, que solo es Hijo de Dios en sí y en todos los demás que lo son. Porque en él se criaron y por él reformaron, y por razon de lo que dél contienen en sí son dichos sus hijos. Y eso es ser nosotros hijos de Dios, tener á este su divino Hijo en nosotros. Porque el Padre no tiene sino á él solo por Hijo, ni ama como á hijos sino á los que en sí le contienen y son una misma cosa con él, un cuerpo, un alma, un espíritu. Y así, siempre ama á solo él en todas las cosas que ama.» Y acabó Juliano aquí, y dijo luego: «Hecho he, Sabino, lo que me pedistes, y dicho lo que he sabido decir; mas si os tengo cansado, por eso proveistes bien que Marcelo succediese luego; que con lo que dijere nos descansará á todos.» A Sabino dijo entonces Marcelo: «Yo fio que no le habeis cansado, mas habeisme puesto en trabajo á mí, que despues de vos, no sé qué podré decir que contente. Solo hay este bien, que me vengaré agora, Sabino, de vos en quitaros el buen gusto que os queda.» Dijo Marcelo esto, y queria Sabino responderle, mas estorbósele un caso que sucedió, como agora diré.

En la orilla contraria de donde Marcelo y sus compañeros estaban, en un árbol que en ella habia, estuvo asentada una avecilla de plumas y de figura particular, cuasi todo el tiempo que Juliano decia, como oyéndole, y á veces como respondiéndole con su canto, y esto con tanta suavidad y armonía, que Marcelo y los demás habian puesto en ella los ojos y los oídos. Pues al punto que Juliano acabó y Marcelo respondió lo que he referido, y Sabino le queria replicar, sintieron ruido hácia aquella parte, y volviéndose, vieron que lo hacian dos grandes cuervos, que revolando sobre el ave que he dicho y cercándola al derredor, procuraban hacerle daño con las uñas y con los picos. Ella al principio se defendia con las ramas del árbol, encubriéndose entre las mas espesas. Mas creciendo la porfia, y apretándola siempre mas adó quiera que iba, forzada se dejó caer en el agua, gritando y como pidiendo favor. Los cuervos acudieron tambien al agua, y volando sobre la haz del rio, la perseguian malamente, hasta que á la fin el ave se sumió toda en el agua, sin dejar rastro de sí. Aquí Sabino alzó la voz, y con un grito dijo: «¡Oh, la pobre, y cómo se nos ahogó!» Y así lo creyeron sus compañeros, de que mucho se lastimaron. Los enemigos, como victoriosos, se fueron alegres luego. Mas como hubiese pasado un espacio de tiempo, y Juliano con alguna risa consolase á Sabino, que maldecía los cuervos, y no podia perder la lástima de su pájara, que así la llamaba, de improviso á la parte adonde Marcelo estaba, y cuasi junto á sus piés, la vieron sacar del agua la cabeza, y luego salir del arroyo á la orilla, toda fatigada y mojada. Como salió, se puso sobre

una rama baja que estaba allí junto, adonde extendió sus alas y las sacudió del agua, y despues batiéndolas con presteza, comenzó á levantarse por el aire, cantando con una dulzura nueva. Al canto, como llamadas otras muchas aves de su linaje, acudieron á ella de diferentes partes del soto. Cercábanla, y como dándole el parabien, le volaban al derredor. Y luego juntas todas, y como en señal de triunfo, rodearon tres ó cuatro veces el aire con vueltas alegres, y despues se levantaron ex alto poco á poco hasta que se perdieron de vista.

Fué grandísimo el regocijo y alegría que deste suceso recibió Sabino. Mas decíame que mirando en este punto á Marcelo, se vió demudado en el rostro y turbado algo y metido en gran pensamiento, de que mucho se maravilló, y queriéndole preguntar qué sentia, vióle que levantando al cielo los ojos, como entre los dientes y con un suspiro disimulado dijo: «Al fin Jesus es Jesus.» Y que luego, sin dar lugar á que ninguno le preguntase mas, se volvió á él, y él dijo: «Atended pues, Sabino, á lo que pedistes.

§. II.

De cómo Cristo es llamado *Cordero*, y por qué le conviene este nombre.

«El nombre de *Cordero*, de que tengo de decir, es nombre tan notorio de Cristo, que es excusado probarlo; que ¿quién no oye cada día en la misa lo que refiere el Evangelio haberle dicho el Bautista:—Este es el *Cordero* de Dios, que lleva sobre sí los pecados del mundo—? Mas si esto es fácil y claro, no lo es lo que encierra en sí toda la razon deste nombre, sino escondido y misterioso, mas muy digno de luz. Porque *Cordero*, pasándolo á Cristo, dice tres cosas: mansedumbre de condicion, y pureza y inocencia de vida, y satisfaccion de sacrificio y ofrenda, como San Pedro juntó casi en este propósito hablando de Cristo (a):—El que, dice, no hizo pecado ni se halló engaño en su boca, que siendo maldonado no maldecía, y padeciendo no amenazaba, antes se entregaba al que le juzgaba injustamente; el que llevó á la cruz sobre sí nuestros pecados.—Cosas que encierran otras muchas en sí, y en que Cristo se señaló y aventajó por maravillosa manera, y digamos por sí de todas tres. Pues cuanto á lo primero, *Cordero* dice mansedumbre, y esto se nos viene á los ojos luego que oimos *Cordero*, y con ello la mucha razon con que de Cristo se dice por el extremo de mansedumbre que tiene, así en el trato como en el sufrimiento, así en lo que por nosotros sufrió como en lo que cada día nos sufre.

«Del trato, Isaías decia (b):—No será bullicioso ni inquieto ni causador de alboroto.—Y él de sí mismo (c):—Aprended de mí, que soy manso y de corazón humilde.—Y respondió bien con las palabras la blandura de su acogimiento con todos los que se llegaron á él por gozarle cuando vivió nuestra vida: con los humildes, humilde; con los mas despreciados y mas bajos, mas amoroso, y con los pecadores que se conocian, dulcísimo. La mansedumbre deste *Cordero* salvó á la mujer adúltera, que la ley condenaba, y cuando se

(a) Petr., 2, v. 22. (b) Isai., 42, v. 4. (c) Matth., 11, v. 29.

la puso en su presencia la malicia de los fariseos y le consultó de la pena, no parece que le cupo en la boca palabra de muerte, y tomó ocasion para absolverla el faltarle acusador, pudiendo solo él ser acusador y juez y testigo. La misma mansedumbre admitió á la mujer pecadora, y hizo que se dejase tocar de un infame, y consintió que le lavasen sus lágrimas, y dió limpieza á los cabellos que le limpiaban sus piés. Esa misma puso en su presencia los niños que sus discípulos apartaban della, y siendo quien era, dió oídos á las largas razones de la Samaritana, y fué causa que no desechase de sí á ninguno, ni se cansase de tratar con los hombres siendo él quien era, y siendo su trato dellos tan pesado y tan impertinente como sabemos.

«Mas ¿qué maravilla que no se enfadase entonces cuando vivia en el suelo, el que agora en el cielo, donde vive tan exento de vuestras miserias, y declarado por Rey universal de todas las cosas, tiene por bueno de venirse en el Sacramento á vivir con nosotros, y lleva con mansedumbre verse rodeado de mil impertinencias y vilezas de hombres, y no hay aldea de tan pocos vecinos, adonde no sea casi como uno de sus vecinos en su iglesia nuestro *Cordero*, adonde no tengamos casi como uno de ellos en su iglesia á nuestro *Cordero*, blando, manso, sufrido á todos los estados? Y aunque leemos en el Evangelio que castigó Cristo á algunas personas con palabras, como á San Pedro una vez, y muchas á los fariseos, y con las manos tambien, como cuando hirió con el azote á los que hacian mercado en su templo; mas en ninguna encendió su corazon en fiereza ni mostró semblante bravo, sino en todas con serenidad de rostro conservó el sosiego de mansedumbre, desechando la culpa y no desdiciendo de su gravedad afable y dulce. Que como en la divinidad sin moverse mueve todo, y sin recibir alteracion riñe y corrige, y durando en quietud y sosiego, lo riñe y altera; así en la humanidad, que como mas se le allega, así es la criatura que mas se le parece; nunca turbó la dulzura de su ánimo manso, el hacer en los otros lo que el desconcierto de sus razones ó de sus obras pedia, y reprehendió sin pasion y castigó sin enojo, y fué aun en el reñir un ejemplo de amor. ¿Qué dice la Esposa (a)?—Su garganta suavísima, y amable todo él, y él todas sus cosas.»

«Y aquella voz, dijo Sabino aquí, ¿parécenos, Marcelo, que será muy amable (b):—Id malditos de mi Padre al fuego eterno aparejado para el demonio;—ó será voz que se podrá decir sin braveza, ó oír sin espanto? Y si tan manso es el trato todo de Cristo, ¿qué le queda para ser leon, como en la Escritura se dice? «Bien decís, respondió Marcelo. Mas en lo primero creo yo muy bien que les será muy espantable á los malos aquella tan horrible sentencia, y que al parecer ante el juez, y el rostro y el mirar del juez les será de increíble tormento. Mas tambien habeis de entender que será sin alteracion del alma de Cristo, sino que manso en sí, bramará en los oídos de aquellos, y dulce en sí mismo y en su rostro, les encandilará con terriblez y fiereza los ojos. Y á la verdad, lo que mas me declara el infinito mal de la obstinacion del pecado, es ver que

(a) Cant., 5, v. 16. (b) Matth., 25, v. 41.

trae á la mansedumbre y al amor y á la dulzura de Cristo, á términos de decir tal sentencia, y que pone en aquella boca palabras de tanto amargor, y que quien se hizo hombre por los hombres y padeció lo que padeció por salvarlos, y el que dice que su deleite es su trato, y el que vivo y muerto, mortal y glorioso, ni piensa ni trata sino de su reposo y salud, y el que todo cuanto es ordena á su bien, los pueda apartar de sí con voz tan horrible, y que la pura fuerza de aquella no curable maldad mudará la voz al *Cordero*. Y siendo lo ordinario de Dios con los malos asconderles su cara, que es alzar la vista de su favor y dejarlos para que sus designios con sus manos los labren, conforme á lo que decia el Profeta (c):—Ascondiste de nosotros tu cara, y con la mano de nuestra maldad nos quebrantaste;—aquí el celo del castigo merecido le hace que la descubra, y que tome la espada en la mano, y en la boca tan amarga y espantable sentencia.

«Y á lo segundo del leon, que, Sabino, dijistes, habeis de entender que, como Cristo lo es, no contradice, antes se compecece bien con el ser para con nosotros *Cordero*. Porque llámase Cristo, y es leon por lo que á nuestro bien y defensa toca, por lo que hace con los demonios enemigos nuestros, y por la manera como defiende á los suyos. Que en lo primero, para librarnos de sus manos, les quitó el mando y derrocóles de su tiranía usurpada, y asolóles los templos, y hizo que los blasfemasen los que poco antes los adoraban y servian, y abajó á sus reinos oscuros, y quebrantóles las cárceles y sacóles mil prisioneros; y entonces y agora y siempre se les muestra fiero y los vence, y les quita de las uñas la presa. A que mira San Juan para llamarle leon, cuando dice (d):—Venció el leon de Judá.—Y en lo segundo, así como nadie se atreve á sacar de las uñas del leon lo que prende, así no es poderoso ninguno á quitarle á Cristo de su mano los suyos; tanta es la fuerza de su firme querer.—Mis ovejas, dice él, ninguno me las sacará de las manos.—Y Isaías en el mismo propósito.—Porque, dice (e), el Señor, así como cuando brama el leon, y el cachorro del leon brama sobre su presa, no teme para dejarla; si le sobreviene multitud de pastores, á sus voces no teme ni á su muchedumbre se espanta; así el Señor descenderá y peleará sobre el monte de Sion, sobre el collado suyo.—Así que ser Cristo leon le viene de ser para nosotros amoroso y manso *Cordero*, y porque nos ama y nos sufre con amor y mansedumbre infinita, por eso se muestra fiero con los que le dañan y los desama y maltrata. Y así, cuando á aquellos no sufre, nos sufre, y cuando es con ellos fiero, con nosotros es manso. Y hay algunos que son mansos para llevar las importunidades ajenas, pero no para sufrir sus descomedimientos, y otros que si sufren malas palabras, no sufren que les pongan las manos; mas Cristo, como en todo, así en esto perfecto *Cordero*, no solamente llevó con mansedumbre nuestro trato importuno, mas tambien sufrió con igualdad nuestro atrevimiento injurioso;—como *Cordero*, dice Isaías, delante del que le trasquila.—

«¿Qué no sufrió de los hombres por amor de los hombres? ¿De qué injuria no hicieron experiencia en él los

(c) Isai., 64, v. 7. (d) Apoc., 5, v. 5. (e) Isai., 51, v. 4.

que vivian por él? Con palabras le trataron descomedidas, con testimonios falsísimos pusieron sus manos sacrilegas en su divina persona; añadieron á las bofetadas azotes, y á los azotes espinas, y á las espinas clavos y cruz dolorosa, y como á porfía probaron en hacerle mal sus descomulgados ingenios y fuerzas; mas ni la injuria mudó la voluntad, ni la paciencia y mansedumbre hizo mella en el dolor. Y si, como dice san Agustín, mi padre (a), es manso el que da vado á los hechos malvados y que no resiste al mal que le hacen, antes le vence con el bien, Cristo sin duda es el extremo de mansedumbre; porque ¿contra quién se hicieron tantos hechos malvados, ó en cuyo daño se esforzó mas la maldad, ó quién le hizo menos resistencia que Cristo, ó la venció con retorno de beneficios mayores? Pues á los que le huyen busca, y á los que le aborrecen abraza, y á los que le afrentan y dan dolorosa muerte, con esa misma muerte los santifica, y los lava con esa misma sangre que enemigamente le sacan. Y es puntualmente en este nuestro Cordero lo que en el cordero antiguo, que dél tuvo figura, que todos le comian y despedazaban, y con todo él se mantenía, la carne y las entrañas y la cabeza y los piés; porque no hubo cosa en nuestro bien adonde no llegase el cuchillo y el diente: al costado, á los piés, á las manos, á la sagrada cabeza, á los oídos y á los ojos y á la boca con gusto amarguísimo; y pasó á las entrañas el mal, y afligió por mil maneras su ánima santa, y le tragó con la honra la vida.

»Mas con cuanto hizo nunca pudo hacer que no fuese Cordero, y no cordero solamente, sino provechoso cordero, no solamente sufrido y manso, sino en eso mismo que tan mansa y igualmente sufria, bienhechor utilísimo. Siempre le espinamos nosotros, y siempre él trabaja por traernos á fruto. Y como Dios, en el Profeta, de sí mismo dice (b): —Adán es mi ejemplo desde mi mocedad. —Porque como en la manera que fué por Dios sentenciado y mandado que Adán trabajase y labrase la tierra, y la tierra labrada y trabajada le fructificase abrojos y espinas; así con su mansedumbre nos sufre y nos torna á labrar, aunque le fructifiquemos ingratitud. Y no solo en cuanto anduvo en el suelo, mas agora en el cielo glorioso, y Emperador sobre todo y Señor universal declarado, nos ve que despreciamos su sangre, y que cuanto es por nosotros hacemos sus trabajos inútiles, y pisamos, como el Apóstol dice, su riquísima satisfacion y pasión; y nos sufre con paciencia y nos aguarda con sufrimiento, y nos llama y dispierta y solicita con mansedumbre y amor entrañable.

»Y á la verdad, porque es tan amoroso, por eso es tan manso, y porque es excesivo el amor, por eso es la mansedumbre en exceso; porque la caridad, como el Apóstol dice, de su natural es sufrida; y así, conservan una regla y guardan una medida misma el querer y el sufrir. De manera que, cuando no hubiera otro camino, por este solo del amor entenderíamos la grandeza de la mansedumbre de Cristo, porque cuanto nos quiere bien, tanto se ha con nosotros mansa y sufridamente, y quiérenos cuanto ve que su Padre nos quiere, el cual nos ama por tan rara y maravillosa manera, que dió por

(a) De serm. Domini in monte, lib. 1. (b) Zachar., 13, v. 5.

nuestra salud la vida de su unigénito Hijo; que, como el Apóstol dice (c): —Ansí amó al mundo Dios, que dió su Hijo unigénito para que no perezca quien creyere en él. —Porque dar aquí es entregar á la muerte. Y en otro lugar (d): —Quien no perdonó á su Hijo propio, antes le entregó por nosotros, ¿qué cosa, de cuantas hay, dejó de darnos con él? —Ansí que, es sin medida el amor que Cristo nos tiene, y por el mismo caso la mansedumbre es sin medida, porque corren á las parejas lo amoroso y lo manso; aunque, si no lo fuera así, ¿cómo pudiera ser tan universal Señor y tan grande? Porque un señorío y una alteza de gobierno semejante á la suya, si cayera ó en un ánimo bravo ó mal sufrido y colérico, intolerable fuera, porque todo lo asolará en un punto; é así, la misma naturaleza de las cosas pide, y la razon del gobierno y mando, que cuanto uno es mayor señor y gobierna á mas gentes y se encarga de mas negocios y oficios, tanto sea mas sufrido y mas manso; por donde la Divinidad, universal emperatriz de las cosas, sufre y espera, y es manso lo que no se puede encarecer con palabras. Y así, ella usó de muchas cuando quiso declarar esta su condicion á Moisen, que le dijo (e): —Soy piadoso, misericordioso, sufrido, de larguísima espera, muy ancho de narices y que extiendo por mil generaciones mi bien. — Y del mismo Moisen, que fué su lugartiniente y cabeza puesta por él sobre todo su pueblo, se escribe que fué mansísimo sobre todos los de su tiempo. Por manera que la razon convence que Cristo tiene mansedumbre de cordero infinita: lo uno, porque es su poderío infinito, y lo otro, porque se parece á Dios mas que otra criatura ninguna; y así, le imita y retrata en esta virtud, como en las demás, sobre todos.

»Y si es Cordero por la mansedumbre, ¿cuán justamente lo será por la inocencia y pureza, que es lo segundo de tres cosas que decir propuse? Que dice san Pedro (f): —Redimidos, no con oro y plata, que se corrompe, sino con la sangre sin mancilla del Cordero inocente. —Que en el fin por que lo dice declara y engrandece la suma inocencia de aqueste Cordero nuestro; porque lo que pretende es persuadirnos que estimemos nuestra redencion, y que cuando ninguna otra cosa nos mueva, á lo menos por haber sido comprados con una vida tan justa y lavados del pecado con una sangre tan pura, porque tal vida no haya padecido sin fruto y tal sangre no se derrame de balde, y tal inocencia y pureza, ofrecida por nosotros á Dios, no carezca de efecto, nos aprovechemos dél y nos conservemos en él, y despues de redimidos, no queramos ser siervos. Dice Santiago (g) que es perfecto el que no estropea en las palabras y lengua. Pues de nuestro Cordero dirá que ni hizo pecado ni en su boca fué hallado engaño, como dice san Pedro. Cierta cosa es que lo que Dios en sus criaturas ama y precia mas es santidad y pureza; porque el ser puro uno es andar ajustado con la ley que le pone Dios y con aquello que su naturaleza le pide, y eso mismo es la verdad de las cosas, decir cada uno con lo que es, y responder el ser con las obras; y lo que Dios manda eso ama, y porque dello se con-

(c) Joan., 3, v. 16. (d) Rom., 8, v. 32. (e) Exod., 34, v. 6. (f) 1, Petr., 1, v. 18. (g) Jacob., 3, v. 2.

tenta lo manda, y al que es el ser mismo ninguna cosa le es mas agradable (ó conforme á lo que con su ser responde) que es lo verdadero y lo cierto, porque lo falso y engañoso no es; por manera que la pureza es verdad de ser y de ley, y la verdad es lo que mas agrada al que es puro ser.

»Pues si Dios se agrada mas de la humanidad santa de Cristo, concludo queda que es mas santa y pura que todas las criaturas, y que se aventaja en esto á todas tanto, cuantas son y cuan grandes son las ventajas con que de Dios es amada. ¿Qué? ¿No es ella Hijo de su amor, que Dios llama, y en el de quien únicamente se complace, como certificó á los discípulos en el monte, y el Amado por cuyo amor y para cuyo servicio hizo lo visible y lo invisible que crió? Luego si va fuera de toda comparacion el amor, no le puede haber en la santidad y pureza, ni hay lengua que la declare ni entendimiento que comprenda lo que es. Bien se ve que no tiene su grandeza medida en la vecindad que con Dios tiene, ó por decir verdad, en la unidad ó en el lazo estrecho de union con que Dios consigo mismo le enlaza. Que si es mas claro lo que al sol se avecina mas, ¿qué resplandores no tendrá de santidad y virtud el que está y estuvo desde su principio y estará para siempre lanzado y como sumido en el abismo de esa misma luz y pureza? En las otras cosas resplandece Dios, mas con la humanidad que decimos, está unido personalmente; las otras lléganse á él, mas esta tiénela lanzada en el seno; en las otras reverbera este Sol, mas en esta hace un sol de su luz. — En el Sol, dice (a), puso su morada; —porque la luz de Dios puso en la humanidad de Cristo su asiento, con que quedó en puro sol transformada. Las otras centellean hermosas, esta es de resplandor un tesoro; á las otras les adviene la pureza y la inocencia de fuera, esta tiene la fuente y el abismo de ella en sí misma; finalmente, las otras reciben y mendigan virtud, esta, riquísima de santidad en sí, derrama en las otras. Y pues todo lo santo y lo inocente y lo puro nace de la santidad y pureza de Cristo, y cuanto deste bien las criaturas poseen es partecilla que Cristo les comunica, claro es, no solamente ser mas santo, mas inocente, mas puro que todas juntas, sino tambien ser la santidad y la pureza y la inocencia de todas, y por la misma razon, la fuente y el abismo de toda la pureza y inocencia.

»Pero apuremos mas aquesta razon para mayor claridad y evidencia. Cristo es universal principio de santidad y virtud, de donde nace toda la que hay en las criaturas santas, y bastante para santificar todas las criaturas, y otras infinitas que fuese Dios continuamente criando; y ni mas ni menos es la víctima y sacrificio aceptable y suficiente á satisfacer por todos los pecados del mundo y de otros mundos sin número. Luego fuerza es decir que ni hay grado de santidad ni manera della, y que no le haya en el alma de Cristo, ni menos pecado ni forma ni rastro de que del todo Cristo no carezca; y fuerza es tambien decir que todas las bondades, todas las perfecciones, todas las buenas maneras y gracias que se esparcen y podrian esparcir en infinitas criaturas que hubiesen, están ayuntadas y

(a) Psalm. 18, v. 6.

amontonadas y unidas sin medida ni cuenta en el manantial dellas, que es Cristo; y que no se aparta tanto el ser del no ser, ni se aleja tanto de las tinieblas la luz, cuanto dél mismo toda especie, todo género, todo principio, toda imaginacion de pecado, hecho ó por hacer, ó en alguna manera posible, está apartado y lejísimo; porque necesario es, y la ley no mudable de la naturaleza lo pide, que quien cria santidades las tenga, y quien quita los pecados, ni los tenga ni pueda tenerlos; que como la naturaleza á los ojos, para que pudiesen recibir los colores, cria limpios de todos ellos, y el gusto, si de suyo tuviese algun sabor infundido, no percibiria todas las diferencias del gusto; así no pudiera ser Cristo universal principio de limpieza y justicia si no se alejara dél todo asomo de culpa, y si no atesorara en sí toda la razon de justicia y limpieza.

»Que porque habia de quitar en nosotros los hechos malos que oscurecen el alma, no pudo haber en él ningun hecho desconcertado y obscuro; y porque habia de borrar en nuestras almas los malos deseos, no pudo haber en la suya deseo que no fuese del cielo; y porque reducía á orden y á buen concierto nuestra imaginacion varia y nuestro entendimiento turbado, el suyo fué un cielo sereno, lleno de concierto y de luz; y porque habia de corregir nuestra voluntad mal sana y enferma, era necesario que la suya fuese una ley de justicia y salud; y porque reducía á templanza nuestros encendidos y furiosos sentidos, fueron necesariamente los suyos la misma moderacion y templanza; y porque habia de poner freno y desarraigat finalmente del todo nuestras malas inclinaciones, no pudo haber en él ni movimiento ni inclinacion que no fuese justicia; y porque era limpieza y perdon general del pecado primero, no hubo ni pudo haber, ni en su principio ni en su nacimiento, ni en el discurso de sus obras y vida, ni en su alma ni en sus sentidos y cuerpo, alguna culpa, ni su culpa dél ni sus reliquias y rastros; y porque á la postre y en la nueva resurreccion de la carne la virtud eficaz de su gracia habia de hacer no pecables los hombres, forzoso fué que Cristo, no solo careciese de toda culpa, mas que fuese desde su principio impecable; y porque tenia en sí bien y remedio para todos los pecados y para en todos los tiempos y para en todos los hombres, no solo en todos los que son justos, mas en todos los demás que no lo son y lo podrian ser si quisiesen; no solo en los que nacerán en el mundo, mas en todos los que podrian nacer en otros mundos sin cuento; convino y fué menester que todos los géneros y especies del mal actual, lo de original, lo de imaginacion, lo del hecho, lo que es y lo que camina á que sea, lo que será y lo que pudiera ser por el tiempo, lo que pecan los que son y lo que los pasados pecaron, los pecados venideros y los que, si infinitos hombres nacieran, pudieran suceder y venir; finalmente, todo ser, todo asomo, toda sombra de maldad ó malicia estuviese tan léjos dél, cuanto las tinieblas de la luz, la verdad de la mentira, de la enfermedad la medicina están léjos.

»Y convino que fuese un tesoro de inocencia y limpieza, porque era y habia de ser el único manantial de ella riquísimo. Y como en el sol, por mas que penetreis

por su cuerpo, no veréis sino una apurada pureza de resplandor y de lumbre, porque es de las luces y resplandores la fuente; así en este Sol de justicia, de donde manó todo lo que es rectitud y verdad, no hallaréis, por mas que lo divida y penetre el ingenio, por mas que desmenuce sus partes, por mas agudamente que las examine y las mire, sino una sencillez pura y una rectitud sencilla, una pureza limpia, que siempre está bullendo en pureza, una bondad perfecta, entrañada en cuerpo y en alma y en todas las potencias de ambos, en los tuétanos dellos, que por todos ellos lanza rayos de sí. Porque veamos cada parte de Cristo, y veremos cómo cada una dellas, no solo está bañada en la limpieza que digo, mas sirve para ella y la ayuda.

»En Cristo consideramos cuerpo y consideramos alma, y en su alma podemos considerar lo que es en sí para el cuerpo y los dones que tiene en sí por gracia de Dios, y el estar unida con la propia persona del Verbo. Y cuanto á lo primero del cuerpo, como unos cuerpos sean de su mismo natural mas bien inclinados que otros, segun sus composturas y formas diferentes, y segun la templanza diferente de sus humores, que unos son de suyo coléricos, otros mansos, otros alegres y otros tristes, unos honestos y vergonzosos, otros poco honestos y mal inclinados, modestos unos y humildes, otros soberbios y altivos, cosa fuera de toda duda es, que el cuerpo de Cristo de su misma cosecha era de inclinaciones excelentes, y en todas ellas fué loable, honesto, hermoso y excelente. Que se convence así de la materia de que se compuso como del artífice que le fabricó; porque la materia fué la misma pureza de la sangre santísima de la Virgen, criada y encerrada en sus limpias entrañas. De la cual habemos de entender que aun en ley de sangre fué la mas apurada y la mas delgada y mas limpia, y mas apta para crialla, y mas ajena de todo afecto bruto, y de mas buenas calidades de todas; porque allende de lo que la alma puede obrar y obra en los humores del cuerpo, que sin duda los altera y califica segun sus afectos, y que por esta parte el alma santísima de la Virgen hacia santidad en su sangre y sus inclinaciones celestiales della, y los bienes del cielo sin cuento que en sí tenía, la espiritualizaban y santificaban en una cierta manera. Así que, allende desto, de suyo era la flor de la sangre, quiero decir, la sangre mas ajena de las condiciones groseras del cuerpo, y mas adelgazada en pureza que en género de sangre, despues de la de su Hijo, jamás hubo en la tierra. Porque se ha de entender que todas las santificaciones y purificaciones y limpiezas de la ley de Moisen, el comer estos manjares, y no aquellos, los lavatorios, los ayunos, el tener cuenta en los dias, todo se ordenó para que adelgazando y desnudando de afectos brutos la sangre y los cuerpos, y de unos en otros apurándose siempre mas, como en el arte del destilar acontece, viniese últimamente una doncella á hacer una sangre virginal por todo extremo limpiísima, que fuese materia del cuerpo purísimo sobre todo extremo de Cristo. Y todo aquel artificio viejo y antiguo fué como un destilatorio, que de un licor puro sacando otro mas puro por medio de fuego y vasos diferentes, llegue á la sutileza y pureza postrera.

»Así que, la sangre de la Virgen fué la flor de la sangre, de que se compuso todo el cuerpo de Cristo. Por donde aun en ley de cuerpo, y por parte de su misma materia, fué inclinado al bien perfectamente y del todo. Y no solo aquesta sangre virginal le compuso mientras estuvo en el vientre sagrado, mas despues que salió dél le mantuvo, vuelta en leche, en los pechos santísimos. De donde la divina Virgen, aplicando á ellos á su Hijo de nuevo, y enclavando en él los ojos, y mirándole y siendo mirada dél, dulcemente encendida ó á la verdad abrasada en nuevo y castísimo amor, se la daba, si decir se puede, mas santa y mas pura. Y como se encontraban por los ojos las dos almas bellísimas, y se trocaban los espíritus que hacen paso por ellos con los del Hijo, deificada la Madre mas, daba al Hijo mas deificada su leche. Y como en la divinidad nace luz del Padre, que es luz, así tambien quanto á lo que toca á su cuerpo, nace de pureza, pureza.

»Y si esto es cuanto á la materia de que se compone, ¿qué podremos decir por parte del Artífice que le compuso? Porque, como los otros cuerpos humanos los componga la virtud del varon, que la madre con su calor contiene en su vientre, en este edificio del santísimo cuerpo de Cristo el Espíritu Santo hizo las veces de aquesta virtud, y formó por su mano él, y sin que interviniese otro ninguno, este cuerpo. Y si son perfectas todas las obras que Dios hace por sí, esta, que hizo para sí, ¿qué será? Y si el vino que hizo en las bodas fué vino bonísimo, porque sin medio de otra causa le hizo de la agua Dios por su poder, á quien toda la materia, por indisputada que sea, obedece enteramente sin resistencia, ¿qué pureza, qué limpieza, qué santidad tendrá el cuerpo que fabricó el infinitamente Santo de materia tan santa? Cierito es que le amasó con todo el extremo de limpieza posible, quiero decir, que le compuso por una parte tan ajeno de toda inclinacion ó principio ó ajeno de vicio, quanto es ajeno de las tinieblas la luz; y por otra tan hábil, tan dispuesto, tan hecho, tan de sí inclinado á todo lo bueno, lo honesto, lo decente, lo virtuoso, lo heróico y divino, quanto sin dejar de ser cuerpo en todo género de pasibilidad se sufría. Y de esto mismo se ve cuánto era de su cosecha pura su alma, y de su natural inclinada á toda excelencia de bien, que es la otra fuente desta inocencia y limpieza de que platicamos agora. Porque, como sabeis, Juliáno, en la filosofia cierta, las almas de los hombres, aunque sean de una especie todas, pero son mas perfectas en sí y en su substancia unas que otras, por ser de su natural hechas para ser formas de cuerpos, y para vivir en ellos y obrar por ellos, y darles á ellos el obrar y el vivir. Que como no son todos los cuerpos hábiles en una misma manera para recibir este influjo y acto de la alma, así las almas no son todas de igual virtud y fuerza para ejecutar esta obra, sino medida cada una para el cuerpo que la naturaleza le da.

»De manera que cual es la hechura y compostura y habilidad de los cuerpos, tal es la fuerza y poderío natural para ellos de la alma; y segun lo que en cada cuerpo y por el cuerpo puede ser hecho, así cria Dios hecha y trazada y ajustada cada alma, que estaria como violentada si fuese al revés; y si tuviese mas vir-

tud de informar y dar ser de lo que el cuerpo, segun su disposicion, sufre ser informado, no sería fñudo natural y suave el de la alma y del cuerpo, ni sería su casa de la alma la carne fabricada por Dios para su perfeccion y descanso, sino cárcel para tormento y mazmorra. Y como el artífice que encierra en oro alguna piedra preciosa la conforma su engaste, así Dios labra las ánimas y los cuerpos de manera que sean conformes, y no encierra ni engasta ni enlaza en un cuerpo duro y que no puede ser reducido á alguna obra una ánima muy virtuosa y muy eficaz para ella; sino, pues los casa, aparéalos, y pues quiere que vivan juntos, ordena cómo vivan en paz. Y como vemos en la lista de todo lo que tiene sentido y en todos sus grados, que segun la dureza mayor ó menor de la materia que los compone, y segun está organizada y como amasada mejor, así tienen unos animales naturalmente ánima de mas alto y perfecto sentido; que de suyo y en sí misma la ánima de la concha es mas torpe que el pez, y el ánima de las aves es de mas sentido que las de los que viven en el agua, y en la tierra la de las cuculebras es superior al gusano; y la del perro á los topes, y la de los caballos al buey, y la de los jímios á todos. Y pues vemos en una especie de cuerpos humanos tantas y tan notables diferencias de humores, de complexionés, de hechuras, que con ser de una especie todos, no parecen ser de una masa, justamente diremos, y será muy conforme á razon, que sus almas, por aquella parte que mira á los cuerpos, están hechas en diferencias diversas, y que son de un grado en espíritu, y mas y menos perfectas en razon de ser formas.

»Pues si hay este respeto y condicion en las almas, la de Cristo, fabricada de Dios para ser la del mas perfecto cuerpo, y mas dispuesto y mas hábil para toda manera de bien, que jamás se compuso, forzosamente diremos que de suyo y de su naturaleza misma está dotada sobre todas las otras de maravillosa virtud y fuerza para todasantidad y grandeza, y que no hubo género ni especie de obras, ó morales ó naturales, perfectas y hermosas, á que, así como su cuerpo de Cristo era hábil, así no fuese de suyo valerosa su alma. Y como su cuerpo estaba dispuesto y fué sugeto naturalmente apto para todo valor, así su alma por la natural perfeccion y rigor que tenía, aspiró siempre á todo lo excelente y perfecto. Y como aquel cuerpo era de suyo honestísimo y templado de pureza y simpleza, así el alma que se crió para él era de su cosecha esforzada á lo honesto. Y como la compostura del cuerpo era para mansedumbre dispuesta, así la alma de su misma hechura era mansa y humilde. Y como el cuerpo por el concierto de sus humores era hecho para gravedad y mesura, así la alma de suyo era alta y gravísima. Y como de sus calidades era hábil el cuerpo para lo fuerte constante, así el alma de su rigor natural era hábil para lo generoso y valiente. Y finalmente, como el cuerpo era hecho para instrumento de todo bien, así la alma tuvo natural habilidad para ser ejecutora de toda grandeza; esto estuvo lo sumo en la perfeccion de toda la latitud de su especie.

»Y si por su natural hechura era aquesta sacratísima alma tan alta y tan hermosa, tan vigorosa y tan buena,

¿qué podremos decir della con lo que en ella la gracia sobrepone y añade? Que si es condicion de los bienes del cielo, cualesquiera que ellos sean, mejorar aun en lo natural su sugeto, y la semilla de la gracia, en la buena tierra puesta, da ciento por uno; en naturales no solo tan corregidos, sino tan perfectos de suyo y tan santos, ¿que hará tanta gracia? Porque ni hay virtud heróica, ni excelencia divina, ni belleza del cielo, ni dones y grandezas de espíritu, ni ornamento admirable y nunca visto, que no resida en su alma y no viva en ella sin medida ni tasa. Que, como san Juan dice:—No le dió Dios con mano limitada su espíritu.—Y como el Apóstol dice:—Mora en él la plenitud de la divinidad toda.—Y Isaias (a):—Y reposará sobre él el espíritu del Señor.—Y en el salmo:—Tu Dios te ungió, oh Dios, con unción de alegría sobre todos tus particioneros.—Y con grande razon puso mas en él que juntos en todos, pues eran particioneros suyos; esto es, pues habia de venir por él á ellos, y habian de ser ricos de sus migajas y sobras. Porque la gracia y la virtud divina que la alma de Cristo atesora, no solo era mayor en grandeza que las virtudes y gracias finitas, y hechas una de todos los que han sido justos, y son agora y serán adelante; mas es fuente de donde manaron ellas, que no se disminuye enviándolas, y que tiene manantiales tan no agotables y ricos, que en infinitos hombres mas, y en infinitos mundos que hubiese, podría derramar en todos y sobre todos excelencia de virtud y justicia como un abismo verdadero de bien.

»Y como aqueste mundo criado, así en lo que se nos viene á los ojos como en lo que nos encubre su vista, está variado y lleno de todo género y de toda especie y diferencias de bienes; así aquesta divina alma, para quien y para cuyo servicio esta máquina universal fué criada, y que es sin ninguna duda mejor que ella y mas perfecta, en sí abraza y contiene lo bueno, todo lo perfecto, lo hermoso, lo excelente y lo heróico, lo admirable y divino. Y como el divino Verbo es una imágen del Padre viva y expresa, que contiene en sí cuantas perfecciones Dios tiene; así esta alma soberana, que como á él mas cercana, y enlazada con él, y que no solo de continuo, mas tan de cerca le mira y se remira en él y se espeja, y recibiendo en sí sus resplandores divinos, se fecunda y figura y viste, y engrandece y embellece con ellos, y traspasa á sí sus rayos quanto es á la criatura posible, y le remeda y se asemeja, le retrata tan al vivo, que despues dél, que es la imágen cabal, no hay imágen de Dios como la alma de Cristo; y los querubines mas altos, y todos juntos y hechos uno los ángeles, son rascuños imperfectos y sombras obscurísimas y verdaderamente tinieblas en su comparacion.

»¿Qué diré pues de lo que se añade y sigue á esto, que es el lazo que con el Verbo divino tiene, y la personal union, que ella sola, cuando todo lo demás faltara, es justicia y riqueza inmensa? Porque ayuntándose el Verbo con aquella dichosa ánima, y por ella tambien con el cuerpo, así la penetra toda y embebe en sí mismo, que con suma verdad no solo mora Dios en él, mas es Dios aquel hombre, y tiene aquella alma en sí todo

(a) Isai. 11, v. 2.

cuanto Dios es, su ser, su saber, su bondad, su poder, y no solamente en sí lo tiene, mas tan enlazado y tan estrechamente unido consigo misma, que ni puede desprenderse dél ó desenlazarse, ni es posible que mientras dél presa estuviere, ó con él unida en la manera que digo, no viva y se conserve en suma perfeccion de justicia. Que como el hierro que la fragua enciende, penetrado y poseído del fuego, y que parece otro fuego, siempre que está en la hornaza es y parece así, y si della no pudiese salir no tendria, ni tener podria, ni otro parecer ni otro ser; así lanzada toda aquella feliz humanidad y sumida en el abismo de Dios, y poseída enteramente y penetrada por todos sus poros de aquel fuego divino, y firmado con no mudable ley que ha de ser así siempre, es un hombre que es Dios, y un hombre que será Dios cuanto Dios fuere, y cuanto está léjos de no lo ser, tanto está apartada de no tener en su alma toda inocencia y rectitud y justicia.

»Que como ella es medianera entre Dios y su cuerpo, porque con él se ayunta Dios por medio del alma, y como los medios comunican siempre con los extremos y tienen algo de la naturaleza de ambos, por eso la alma de Cristo, que como forma de la carne dice con ella y se le avecina y allega, como mente criada para unirse y enlazarse con Dios, y para recibir en sí y derivar de sí en su cuerpo, así natural como místico, y los influjos de la divinidad, fué necesario que se asemejase á Dios y se levantase en bondad y justicia mas ella sola que juntas las criaturas, y convino que fuese un espejo de bien y un dechado de aquella suma bondad, y un sol encendido y lleno de aquel Sol de justicia, y una luz de luz y un resplandor de resplandor, y un piélagos de bellezas cebado de un abismo bellísimo. Y rodeado y enriquecido con toda aquesta hermosura y justicia y inocencia y mansedumbre nuestro santo *Cordero*, como tal, y para serlo cabalmente y del todo, se hizo nuestro único y perfecto sacrificio, aceptando y padeciendo, por darnos justicia y vida, muerte afrentosa en la cruz. En que se ofrece á la lengua infinito; mas digamos solo el cómo fué sacrificio, y la forma de aquesta expiacion. Que cuando san Juan deste *Cordero* dice (a) que quita los pecados del mundo, no solamente dice que los quita, sino que, segun la fuerza de la propia palabra, así los quita de nosotros, que los carga sobre sí mismo y los hace como suyos para ser él castigado por ellos, y que quedásemos libres. De manera que cuanto al cómo fué sacrificio, decimos que lo fué no solamente padeciendo por nuestros pecados, sino tomando primero á nosotros y á nuestros pecados en sí, y juntándolos consigo y cargándose de ellos, para que padeciendo él, padeciesen los que con él estaban juntos, y fuesen allí castigados. En que es gran maravilla que si padeciéramos en nosotros mismos doliéranos mucho y valiéramos poco. Y mas, como acaece á los árboles que son sin fruto en el suelo do nacen, y trasplantados dél fructifican; así nosotros traspasados en Cristo morimos sin pena, y fuémos fructuosos la muerte; que la maldad de nuestra culpa habia pasado tan adelante en nosotros, y extendiéndose y cundido tanto en el alma, que lo tenia estéril todo y inútil,

(a) Joan, 1, v. 29.

y no se quitaba la culpa sino pagando la pena, y la pena era muerte.

»De manera que por una parte nos convenia morir, y por otra, siendo nuestra, era inútil la muerte. Y así, fué necesario, no solo que otro muriese, sino tambien que muriésemos nosotros en otro que fuese tal y tan justo, que por ser en él tuviese tanto valor nuestra muerte, que nos acarrease la vida. Y como esto era necesario, así fué lo primero que hizo el *Cordero* en sí, para ser propiamente nuestro sacrificio. Que como en la ley vieja (b), sobre la cabeza de aquel animal con que limpiaba sus pecados el pueblo, en nombre dél ponía las manos el sacerdote, y decia que cargaba en ella todo lo que su gente pecaba; así él, porque era tambien sacerdote, puso sobre sí mismo las culpas y las personas culpadas, y las ayuntó con su alma, como en lo pasado se dijo, por una manera de union espiritual y inefable, con que suele Dios juntar muchos en uno; de que los hombres espirituales tienen mucha noticia. Con la cual union encerró Dios en la humanidad de su Hijo á los que segun su ser natural estaban della muy fuera, y los hizo tan unos con él, que se comunicaron entre sí y á veces sus males y sus bienes y sus condiciones, y muriendo él, morimos de fuerza nosotros, y padeciendo el *Cordero*, padecemos en él y pagamos la pena que debiamos por nuestros pecados, los cuales pecados, juntándonos Cristo consigo, por la manera que he dicho, los hizo como suyos propios, segun que en el psalmo dice (c): —Cuán léjos de mi salud las voces de mis delitos;—que llama delitos suyos los nuestros, porque se echó así á ellos, como á los autores dellos tenia sobre los hombros puestos, y tan allegados á sí mismo y tan juntos, que se le pegaron las culpas dellos, y le sujetaron al azote y al castigo y á la sentencia contra ellos dada por la Justicia divina. Y pudo tener en él asiento lo que no podia ser hecho ni obrado por él. En que se consideran con nueva maravilla dos cosas: la fuerza del amor, y la grandeza de la pena y dolor. El amor, que pudo en un sugeto juntar los extremos de justicia y de culpa; la pena que naceria en un alma tan limpia cuando se vió no solamente vecina, sino tan por suya tanta culpa y torpeza. Que sin duda, si bien se considera, verémos ser esta una de las mayores penas de Cristo; y si no me engaño, de dos causas que le pusieron en agonía y en sudor de sangre en el huerto, fué esta la una.

»Porque, dejando aparte el ejército de dolores que se le puso delante, y de la fuerza que en vencerlos puso, de que dijimos arriba, ¿qué sentimiento seria (¿qué digo sentimiento?), qué congoja, qué ansia, qué basca cuando el que es en sí la misma santidad y limpieza, y el que conoce la fealdad del pecado cuanto conocida ser puede, y el que la aborrece y desama cuanto ama su justicia, y cuanto á Dios mismo, á quien ama con amor infinito, vió que tanta muchedumbre de culpas, cuantas son todas las que desde el principio hasta la fin cometen los hombres, tan graves, tan enormes, tan feas, y con tantos modos y figuras torpes y horribles, se le entraban por su casa y se le avecinaban al alma, y la cercaban y rodeaban y cargaban sobre ella, y ver-

(b) Levit., 16, v. 21. (c) Psalm. 21, v. 4.

§. III.

Trátase del nombre el *Amado*, que se le da á Cristo en la Sagrada Escritura, y explicanse las finezas de amor con que los suyos le aman.

daderamente se le apegaban, y hacian como suyas sin serlo ni haberlo podido ser? ¿Qué agonía y qué tormento tan grande quien aborreció tanto este mal, y quien via á los ojos cuánto de Dios aborrecido era y huido, verse dél tan cargado, y verse leproso el que en ese mismo tiempo era la salud de la lepra, y como vestido de injusticia y maldad el que en esemismo tiempo es justicia, y herido y azotado y como desechado de Dios el que en esa misma hora sanaba las heridas nuestras y era el descanso del Padre? Así que, fué caso de terrible congoja el unir consigo Cristo purísimo, inocentísimo y justísimo, tantos pecadores y culpas, y el vestirse tal rey de tanta dignidad de nuestra vejez y vileza.

»Y eso mismo, que fué hacerse *Cordero* de sacrificio, y poner en sí las condiciones y cualidades debidas al *Cordero*, que sacrificado limpiaba, fué en cierta manera un gran sacrificio; y disponiéndose para ser sacrificado, se sacrificaba de hecho con el fuego de la congoja que de tan contrarios extremos en su alma nacia, y antes de subir á la cruz le era cruz esa misma carga que para subir á ella sobre sus hombros ponía. Y subido y enclavado en ella, no le rasgaban tanto ni lastimaban sus tiernas carnes los clavos, cuanto le traspasaban con pena el corazon la muchedumbre de maldades y de maldades, que ayuntados consigo y sobre sus hombros tenia; y le era menos tormento el desatarse su cuerpo, que el ayuntarse en el mismo templo de la santidad tanta y tan grande torpeza. A la cual, por una parte, su santa ánima la abrazaba y recogia en sí para deshacerla por el infinito amor que nos tiene, y por otra esquivaba y rehuía su vecindad y su vista, movido de su infinita limpieza, y así peleaba y agonizaba y ardia como sacrificio aceptísimo; y en el fuego de su pena consumia eso mismo que con su vecindad le penaba, así como lavaba con la sangre que por tantos vertia esas mismas mancillas que la vertian, á que, como si fueran propias, dió entrada y asiento en su casa. De suerte que ardiendo él, ardieron en él nuestras culpas, y bañando el cuerpo de sangre, se bañaron en sangre los pecadores, y muriendo el *Cordero*, todos los que estaban en él por la misma razon pagaron lo que el rigor de la ley requería. Que como fué justo que la comida de Adán, porque en sí nos tenia, fuese comida nuestra, y que su pecado fuese nuestro pecado, y que emponzoñándose él, nos emponzoñásemos todos; así fué justísimo que ardiendo en el ara de la cruz, y sacrificándose este dulce *Cordero*, en quien estaban encerrados y como hechos uno todos los suyos, cuanto es de su parte quedasen abrasados todos y limpios. De lo cual, Juliano, veréis con cuánta razon se llama Cristo *Cordero*, que fué lo que al principio declarar propuse, y segun lo mucho que hay que decir, he declarado algun tanto. Pasemos, si os parece, al nombre de *Amado*, que pues tan agradable le fué á Dios el sacrificio de nuestro santo *Cordero*, sin duda fué amado y lo es por extraordinaria manera. »Viendo Marcelo que daban muestras los dos de gustar que pasase adelante, cobrando un poco de aliento, prosiguió diciendo: «Digo pues que es llamado Cristo el *Amado*, etc.

»Y porque, Sabino, veais que no me pesa de obedecerlos, y porque no digais, como soleis, que siempre os cuesta lo que me ois muchos ruegos, primero que diga del nombre que señalastes, quiero decir de un otro nombre de Cristo, que las últimas palabras de Juliano, en que dijo ser él lo que Dios en todas las cosas ama, me le trujeron á la memoria, y es el *Amado*, que así le llama la Sagrada Escritura en diferentes lugares. «Maravilla es veros tan liberal, Marcelo, dijo Sabino entonces; mas proseguí en todo caso, que no es de perder una añadidura tan buena. «Digo pues, prosiguió luego Marcelo, que es llamado Cristo el *Amado* en la Santa Escritura, como parece por lo que diré. En el libro de los *Cantares* la aficionada Esposa le llama con este nombre casi todas las veces; Isaias, en el capítulo v, hablando dél mismo y con él mismo, le dice (a): —Cantaré al *Amado* el cantar de mi tío á su viña. — Y acerca del mismo profeta en el capítulo xxvi, adonde leemos (b): —Como la que escribió el tiempo del parto vocea herida de sus dolores, así nos acaece delante tu cara; — la antigua traslacion de los griegos lee desta manera: — Así nos aconteció con el *Amado*. — Que, como Origenes declara, es decir que el *Amado*, que es Cristo concebido en el alma, la hace sacar á luz y parir, lo que causa grave dolor en la carne, y lo que cuesta cuando se pone por obra, agonía y gemidos, como es la negacion de sí mismo. Y David, al salmo 44, en que celebra los loores y los desposorios de Cristo, le intitula cantar del *Amado*. Y san Pablo le llama el hijo del amor, por aquesta misma razon. Y el mismo Padre celestial, acerca de san Mateo, le nombra su *Amado* y su Hijo. De manera que es nombre de Cristo este, y nombre muy digno dél, y que descubre una su propiedad muy rara y muy poco advertida.

»Porque no queremos decir agora que Cristo es amable ó que es merecedor del amor, ni queremos engrandecer su muchedumbre de bienes, con que puede aficionar á las almas, que eso es un abismo sin suelo, y no es lo propio que en este nombre se dice. Así que, no queremos decir que se le debe á Cristo amor infinito, sino decir que es Cristo el *Amado*; esto es, el que antes ha sido y agora es y será para siempre la cosa mas amada de todas. Y dejando aparte el derecho, queremos decir del hecho y de lo que pasa en realidad de verdad, que es lo que propiamente importa este nombre, no menos digno de consideracion que los demás nombres de Cristo. Porque, así como es sobre todo lo que emprende el juicio la grandeza de razones por las cuales Cristo es amable, así es cosa que admira la muchedumbre de los que siempre le amaron, y las veras y las finezas nunca oidas de amor con que los suyos le aman. Muchos merecen ser amados y no lo son, ó lo son mucho menos de lo que merecen; mas á Cristo, aunque no se le puede dar el amor que se debe, diósele siempre el que es posible á

(a) Isai., 5, v. 1. (b) Ibidem, 26, v. 17.